

Chapter Title: INTRODUCCIÓN

Book Title: Amistades, compromisos y lealtades

Book Subtitle: líderes y grupos políticos en el Estado de México, 1942-1993

Book Author(s): Rogelio Hernández Rodríguez

Published by: El Colegio de Mexico

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/j.ctv6jmwvj.4>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



This content is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License (CC BY-NC-ND 4.0). To view a copy of this license, visit <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.



El Colegio de México is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Amistades, compromisos y lealtades*

JSTOR

INTRODUCCIÓN

Los estudios sobre la élite política mexicana son recientes. Aunque antes de 1979 pueden encontrarse algunos ensayos pioneros, no fue sino hasta que Peter Smith publicó su obra *Los laberintos del poder* (Princeton, 1979) que el tema de la élite ocupó un espacio en el análisis político. En contraste, para entonces abundaban las obras sobre las principales instituciones del sistema político, en especial el PRI, el Ejecutivo y las grandes confederaciones de trabajadores.

En cierto modo era comprensible que esto ocurriera, porque el interés de los investigadores se había centrado en los aspectos estructurales que habían hecho posible el sorprendente funcionamiento del sistema mexicano, medido en particular con la estabilidad política y el crecimiento económico. Era natural que se buscara en el Poder Ejecutivo y las corporaciones el secreto de tal desempeño.

De la misma manera, no fue casual que durante los años setenta aparecieran las primeras obras sobre los políticos. Esa década representó el quiebre del exitoso “desarrollo estabilizador” y el inicio de los primeros y graves conflictos políticos del sistema. La atención de los analistas pasó de las instituciones a los hombres que las hacían funcionar. La élite política fue estudiada por primera vez gracias a que se le reconocieron suficientes méritos en el manejo del sistema.

El retraso en su análisis ocasionó algunos problemas importantes. Del mismo modo que se crearon verdades incuestionables en relación con las instituciones (por ejemplo, la omnipotencia del presidencialismo que de tan creída no produjo estudios específicos, o considerar a las corporaciones como simples mecanismos de sujeción política) se elaboraron juicios intocables sobre la élite. Para la mayoría de los investigadores los políticos mexicanos habían logrado la estabilidad gracias a que eran controlados por una

“familia revolucionaria”, dirigida por el presidente en turno, los ex presidentes, los gobernadores, secretarios de Estado, líderes del partido, etcétera.¹

Esa familia y su patriarca manejaban a la élite porque el único móvil de los políticos era el interés material por ascender, conseguir poder y dinero, y porque se trataba precisamente de una familia, es decir, un conjunto de individuos que al igual que las mafias y las pandillas, ejercían una férrea disciplina basada en el terror y las ganancias. Como prueba indiscutible del arraigo que tuvo esta interpretación, aún circula un libro que por décadas se consideró un ejemplo del análisis político, *La política del desarrollo mexicano*, de Roger Hansen, uno de cuyos capítulos, aquel donde se ocupa de la política y los funcionarios, se titula “*La Cosa Nostra*”.

Los conflictos que poco a poco sacaron a la superficie los enfrentamientos entre la élite, hicieron que la “familia revolucionaria” perdiera credibilidad como clan unitario. Se aceptó que había competencia interna y que en ella intervenían grupos organizados y dirigidos por líderes específicos. Si bien hubo avance en el análisis, en el fondo se sustituyó a una familia por varias, pues se mantuvo la idea básica del interés y la sujeción vertical. Desde entonces se dio por concluida la investigación y se aceptó como indiscutible la existencia de los grupos políticos a pesar de la carencia de estudios que lo probaran y, menos aún, que mostraran cómo se integraban y funcionaban.

La historia pareció otorgar un ejemplo gratuito e invaluable de estos grupos. Un día de 1942 al Estado de México llegó como gobernador sustituto un destacado diplomático, Isidro Fabela, quien además de cumplir su función fundó un grupo que desde entonces ha dominado la política local y, más de una vez, la nacional. Ese grupo, dice la conseja académica, sólo ha cambiado de dirigente mediante un procedimiento desconocido pero eficaz, que ha permitido que políticos como Fabela, Gustavo Baz o Carlos Hank tengan un notable poder. Desde entonces, basta ser un

¹ El mejor exponente de esta interpretación es Frank Brandenburg, *The Making of Modern Mexico*, Nueva Jersey, Prentice Hall, 1964, pero la comparten, entre otros: Howard Cline, *Mexico: Revolution to Evolution*, Oxford, Oxford University Press, 1962, y Robert Scott, *Mexican Government in Transition*, Urbana, University of Illinois Press, 1964.

político del Estado de México para pertenecer al Grupo Atlacomulco y cada gobernador no sólo le debe el cargo al líder en turno sino que le rinde cuentas de sus actos. La versión, entre romántica y negra, responsabiliza al mítico grupo de todo lo que ocurre en el país.

Nada más atractivo pero también nada más falso. Ya desde los años del gobierno de Alfredo del Mazo Vélez (1945-1951) la prensa local mencionaba a los "hombres de Atlacomulco" para referirse a los políticos que ocupaban algunos de los más importantes puestos públicos y, destacadamente, en el gabinete. La idea del grupo cobró fuerza con el nombramiento de Salvador Sánchez Colín en 1951, naturalmente por ser oriundo de ese municipio, y con el arribo de Carlos Hank a fines de los años sesenta, por la estrecha relación que guardara con Isidro Fabela. Desde entonces, la prensa y algunos políticos han incorporado al Grupo Atlacomulco como un factor influyente, cuando no determinante, en el sistema mexicano.²

El Grupo Atlacomulco es uno de los mitos mejor logrados por los analistas y, en parte, por el mismo sistema político. La notable cohesión que ha distinguido a la élite local y que en el fondo cimenta la creencia en una dinastía hereditaria, en realidad revela

² Basta revisar los periódicos y revistas, en especial las columnas políticas y los artículos de opinión, en periodos específicos, para encontrar al Grupo Atlacomulco como principal responsable de los acontecimientos del país. Lo mismo cuando Hank fue regente del Distrito Federal, que a lo largo de 1994, cuando fueron asesinados Luis Donaldo Colosio y José Francisco Ruiz Massieu. En esta última ocasión, el mítico grupo apareció como responsable o como encubridor siempre con el propósito de apoderarse de la sucesión presidencial y controlar la política nacional. Recientemente, con la designación de Alfredo del Mazo González como candidato del PRI al gobierno del Distrito Federal, renació la omnipotencia del grupo. Este lugar común, que simplemente sirve para facilitar argumentos, ha sido adoptado sin esfuerzo por algunos académicos, como puede apreciarse en la siguiente cita: en el "Estado de México la gubernatura y las otras posiciones políticas de menor peso, como senadurías, diputaciones y presidencias municipales, han estado bajo el control del grupo político llamado 'Atacomulco', con un arraigo de cuarenta años en el estado. Éste ha tenido como cabezas principales a Isidro Fabela, Alfredo del Mazo Vélez, Gustavo Baz y en los años recientes al representante máximo de la burguesía política mexicana: Carlos Hank González". Álvaro Arreola, "Atlacomulco: la antesala del poder", en Carlos Martínez Assad (coord.), *Municipios en conflicto*, México, IISUNAM-GV, 1985, p. 8. No está de más señalar que afirmaciones como ésta, ya sea que aparezcan en la prensa o en artículos académicos, no se acompañan de las evidencias necesarias para demostrar la existencia del grupo.

a una élite preparada en la política y el servicio público, tanto local como nacional, que ha creado su cohesión para protegerse de lo que ellos consideran una amenaza latente: el Distrito Federal y la élite nacional. Lejos de ser una unidad que se derive de la búsqueda de ascensos, es un principio de defensa que asegura a los nacidos en la entidad el poder político local. Ante una élite nacional poderosa, mejor preparada y, sobre todo, interesada en un estado cercano y desarrollado, la única posibilidad de retener el poder es mantenerse unidos, integrados, o como ellos mismos dicen, disciplinados.

Si bien la idea del Grupo Atlacomulco subraya esa notable cohesión, oculta al menos tres importantes factores: la presencia de varios grupos políticos con dirigentes y seguidores que han competido por el poder; los singulares medios que algunos líderes (en particular los más renombrados) han empleado para inspirar y asegurarse lealtad, y el alto grado de madurez que han alcanzado, en lo individual y lo grupal, para competir por el poder sin destruirse. El mito en buena medida se ha alimentado de que las sucesiones en el estado nunca han producido desgarramientos en la élite; sin embargo, la preservación no ha dependido de ser una familia sino de la madurez en su desarrollo.

Contra el supuesto de que la competencia entre grupos conlleva enfrentamientos despiadados, el comportamiento de los que existen en el Estado de México muestra que se pueden reconocer las victorias sin que se traduzcan en el exterminio del contrincante. La sobrevivencia del perdedor lleva consigo la posibilidad de convertirse un día en ganador. Para decirlo con palabras de los políticos, los triunfos nunca significan extinguir la esperanza.

El resultado de todo ello ha sido la reproducción de una élite competente y experimentada que ha convertido en principio político la lealtad, como ellos dicen, a los líderes pero también a las instituciones. Como es fácil deducir, estas ideas están tan arraigadas en la élite gracias a que ha sido educada con valores heredados por cada generación. Con puntos de referencia de esta naturaleza, no es extraño que el observador ajeno a la entidad y a las prácticas políticas locales vea una dinastía, una familia.

Esta investigación busca desentrañar las particularidades de una élite local que se ha singularizado en la historia mexicana. Por

un lado, trata de probar la inexistencia de un solo grupo y, por contraste, mostrar cómo la política local ha sido disputada por varios y sucesivos grupos que, pese a las fricciones, han conseguido preservar su unidad. Pero también pretende mostrar cómo se forma un grupo político, cuáles son las motivaciones e intereses que hacen posible que un conjunto de individuos se comprometa con un líder y trabaje para él, para la política y para sí mismo.

La investigación no se realizó con la simple observación y elaboración de hipótesis que se comprobaran con bibliografía de historia local o ensayos. Se fijó como principal recurso metodológico entrevistar a políticos de la entidad. Como bien sabe el que ha aplicado entrevistas, éstas implican una gran carga de subjetividad en las apreciaciones que se profundiza cuando el personaje ha tomado parte en los sucesos. En este caso, sin embargo, el estudio no buscaba reconstruir acontecimientos o, para decirlo con más claridad, contar la historia política local.

Quería reconstruir las relaciones entre personas que comprometieron su futuro político con un líder y acaso con un proyecto, y para ello era indispensable indagar por qué lo hicieron y no sólo suponerlo. A riesgo de cometer un sacrilegio académico, debe señalarse que en este caso era más valiosa la subjetividad de los entrevistados para embarcarse en un proyecto, que su opinión acerca de un suceso histórico local. Al final, son los políticos entrevistados quienes explican cómo se forman los grupos, cómo funcionan, quiénes y por qué los integran y, punto valioso en la destrucción de mitos, qué es y hasta dónde llega el Grupo Atlacomulco.

Es conveniente subrayar que aunque la investigación no pretende narrar la historia local ni menos aún presentar una memoria de varias administraciones, en más de una ocasión fue necesario ubicar algún aspecto en su circunstancia histórica. En esos casos, los detalles, además de extraerse de las mismas entrevistas, fueron controlados con la información hemerográfica y bibliográfica.

El primer capítulo muestra los principios básicos que constituyen, por así decirlo, la tabla de valores de los políticos del estado. Construido totalmente con las opiniones de los entrevistados, revela los temores (la capital del país, el despojo, la segregación) y sus creencias en relación con la política. La primera, y tal vez la más

importante, es el reconocimiento y la aceptación de que los grupos existen, primero, como forma natural para participar en la política y, segundo, como medio que permite la alternancia en el poder, una función que como bien se sabe corresponde a la competencia entre partidos. Pero ahí también aparecen aquellos puntos de referencia que norman su comportamiento: la confianza, la lealtad, el desempeño de tareas, la colaboración institucional, etcétera.

Los siguientes capítulos analizan la conformación de los distintos grupos que han dominado el estado. Naturalmente se comienza con el legendario Atlacomulco, pero en contra de la versión común, el estudio muestra que no hubo nunca la solidez indispensable para hacer un equipo duradero que lograra controlar la política local. Los diferentes intereses y conflictos entre gobernadores hicieron que el Grupo Atlacomulco apenas consiguiera existir hasta 1957. Después de él se sucedieron dos grupos dirigidos por políticos de renombre local y nacional, pero que no pudieron trascender sus propios periodos constitucionales, como fueron los de Gustavo Baz y Juan Fernández Albarrán.

Un capítulo se ocupa de la otra historia conocida: el grupo de Carlos Hank, el más importante de todos por ser el más sólido, y por el estilo personal de Hank para construir su liderazgo. Aunque su sobrevivencia no superó el sexenio siguiente al de Hank, las lealtades que generó han perdurado mucho más tiempo.

Finalmente, hay un capítulo donde se analiza el quiebre del poderío de Hank, el cual se debió tanto a circunstancias nacionales como a la creciente complejidad que alcanzó la élite local, de tal magnitud que no pudo ser controlada por un solo grupo, así fuera el de Hank. Contra una parte de la versión, se formula que ese grupo no fue vencido tanto por la llegada de Alfredo del Mazo González sino por la heterogeneidad de la élite y la multiplicación de grupos y líderes.

Aunque el estudio termina con el gobierno de Ignacio Pichardo, se elaboró un pequeño apartado en el que se analizan las características de un político como Emilio Chuayffet, el más puro resultado de la evolución de una élite que ha transitado del tradicionalismo característico del sistema mexicano, a las iniciales épocas modernizadoras de Del Mazo González y Beteta. El estilo personal de Chuayffet, así como su rápida y ascendente carrera

política, sirven para mostrar los problemas y los límites de desarrollo a que puede llegar una élite como la del Estado de México, reconocida por su unidad y disciplina.

Es preciso insistir en que la investigación no pretende dar cuenta de la evolución política del estado; más aún, es posible que los conocedores encuentren faltantes. En realidad, el trabajo se propuso desmitificar una explicación del sistema político y, por consecuencia, iniciar un tipo de estudios que permita entender, sin romanticismos, cómo y quiénes manejaron las instituciones políticas del país.

